



R. M. Ibáñez

LOS NIÑOS GUISANTE

Lope y Lupe tenían siete años y eran hermanos. Hermanos mellizos idénticos, parecidos entre sí como gotas de agua salvo por el hecho de que Lope era un niño y Lupe una niña. Decían que nacieron mellizos por error, que iban a ser un único niño y que al final se repartieron las cosas entre los dos para hacerse compañía y no estar solos al salir. Porque Lope y Lupe eran extremadamente amables y desprendidos, pequeñitos de estatura para su edad y bastante simples, como si en un acto de generosidad suprema se hubieran repartido cuerpo y neuronas al nacer como buenos hermanos.

Con su madre, que era un poco rara, amiga de pastores y osos, vivían en una cabaña solitaria. Ella siempre pensó que sus dos hijos entre los dos eran uno, y les cortaba el pelo igual y los vestía igual. Y además les daba poco de comer, como si realmente los dos fueran a necesitar lo que necesitaba uno solo. Así que los niños crecieron despacio y con poca relación con el mundo, jugando entre ellos.

Como en todos los cuentos, al lado de la cabaña donde vivían los niños había un bosque misterioso. Y, como en muchos de esos cuentos, los niños un día salieron de la casa y se perdieron en él. Los motivos y circunstancias no son importantes para mi historia, así que no os aburriré con ellos. El caso es que se perdieron.

- Lope, creo que nos hemos perdido. – constató Lupe con su agudeza habitual al pasar por tercera vez por delante del mismo árbol tronchado.

- Sí. – contestó Lope, que no era muy hablador.

Se sentaron en el árbol tronchado, y esperaron un rato largo sin hablar, sólo escuchando, a ver qué pasaba. Como no pasaba nada, Lupe propuso caminar hacia unas piedras que se veían en un claro que se abría bajo los árboles, un poco más allá.

- Quizás cambiando de lugar cambien las cosas y pase algo. – dijo.

- Sí. – confirmó Lope, que casi siempre estaba de acuerdo con su hermana.

Caminaron hacia allí, sin darse cuenta de que en realidad Sí que estaba pasando algo. Les estaban siguiendo. Cuando ya estaban cerca, Lupe gritó juguetona:

- ¡Tonto el último! – y echó a correr hacia la pared de piedra.

- ¡Sí! – confirmo entre risas Lope, corriendo detrás de su hermana.

- ¡Sí, sí, tonto el último! – oyeron gritar detrás de ellos, seguido de un corretear alocado de montones de pies.

No se detuvieron hasta que llegaron a la pared porque, aunque tenían muchísima curiosidad por saber quién les seguía, tampoco era cuestión de llegar los últimos y pasar por tontos. Así que cuando Lope llegó primero fue arrollado por Lupe que le seguía de cerca. Y a continuación ambos cayeron derribados por un montón de criaturitas que discutían: ¡yo no he sido el último! ¡has sido tú! ¡es que me has puesto la zancadilla! ¡no vale, has hecho trampa!

Lope y Lupe se pusieron de pie abrazados, y observaron el pelotón confuso de piernas, brazos y cabezas que se peleaba delante de ellos. Como aquello no cesaba, Lupe se aclaró la garganta y dando un paso adelante dijo, fingiendo autoridad:

- ¡Basta ya, niños! ¡Dejad de pelearos! – como había oído a los mayores.

Lope le sonrió, aprobador. De la madeja de cuerpos se soltaron rodando seis cuerpecillos independientes, tres niños y tres niñas, vestidos como los príncipes de los cuentos con encajes y terciopelos. Aparentaban tener su misma edad, pero eran mucho más pequeños que ellos, tan pequeños que parecían muñecos. Apenas les llegaban por la cintura.

- Hola – saludó Lupe, educada - ¿quiénes sois?
- Uno – dijo el primero.
- Dos – dijo el segundo.
- Tres. Cuatro...

Siguieron numerándose hasta llegar a Seis, y el que había dicho llamarse Uno dijo:

- Siete.
- Ocho. – dijo el siguiente...

Lope y Lupe se miraron, un poco desconcertados, mientras que los otros seguían numerándose entre risas.

- Vale, vale... –dijo Lupe, sintiendo vagamente en su inocencia que se estaban burlando de ellos – Da igual. Nos hemos perdido ¿Vosotros sabéis el camino de salida del bosque?

Los pequeños seres se miraron entre sí. Uno de los niños, que llevaba un traje de terciopelo verde, tomó la palabra.

- Pues no. Nosotros nos hemos perdido también.

Lope se mordió el labio.

- ¿Y vosotros donde vivís? – le preguntó.

- En el bosque. –contestó.

Los otros se rieron ruidosamente de la ocurrencia. Aquello sonaba a pitorreo. Decididamente, les estaban tomando el pelo.

- Ya. – dijo Lupe – Bueno, nosotros nos vamos. Tenemos que buscar el camino de regreso a casa. Adiós.

Y se dio media vuelta. Lope suspiró aliviado. Aquellos mini-niños le ponían nervioso. No había decidido aún si sólo eran raros o si eran unos maleducados, pero le ponían nervioso.

- Pero no podéis marcharos – dijo suplicante y haciendo pucheros una de las niñas, vestida de terciopelo rosa, que parecía la más dulce y candorosa– Tenéis que ayudarnos a encontrar a nuestra madre...

- Tranquila, la encontraremos aunque sea solos y sin ayuda. – le dijo otra, con un vestido carmesí, mientras que la cogía protectora por los hombros.

La tercera niña, con suntuosos ropajes de terciopelo malva, se acercó a Lope y le dijo:

- Nosotros somos los hijos del Hada del Bosque, y vivimos en la copa de un árbol altísimo. Pero nos hemos perdido.

- Y no podéis marcharos hasta que encontremos a nuestra madre. – dijo el que vestía de azul – Tenéis que ayudarnos mientras

que la buscamos. Luego ella os ayudará a vosotros a llegar a vuestra casa.

A Lope le parecía que le estaban mandando, y eso no le gustaba. El les hubiera ayudado de mil amores, pero le fastidiaba un poco que esos pequeñajos pensaran que le podían dar órdenes. Lupe se le acercó al oído:

- Pobres. – le dijo - Están perdidos y parecen asustados ¿No ves que tan pronto se ríen como lloran? Me dan lástima, Lope. Quedémonos y les cuidamos ¿sí? Luego quizás sea cierto que su madre nos pueda ayudar a encontrar a la nuestra cuando aparezca. Todo será más fácil con una persona mayor cerca.

Lope no estaba muy convencido. Había algo en esos pequeños que le escamaba. Pero su corazón generoso necesitaba poca excusa para ayudar, aunque fuera sinónimo de hacer el tonto, así que aceptó. Lupe le sonrió conciliadora y agradecida.

- Muy bien –dijo – Nos quedaremos con vosotros hasta que aparezca vuestra madre. Pero ya que somos más grandes, nosotros os cuidaremos y vosotros nos obedeceréis.

Los pequeños se reunieron en un corro cuchicheando. De vez en cuando, alguna voz se alzaba airada sin que pudieran saber cuál de ellos la había lanzado. Y se oían algunas protestas llorosas. Al fin el de verde, que parecía el portavoz, habló en nombre de todos.

- Vale. Aceptamos que nos cuidéis.

Lupe y Lope se miraron descorazonados. Pero decidieron sin hablar dar las cosas por hecho y asumir que ellos eran los que mandaban en el extraño grupo, y que los otros les obedecerían. Así que acordaron que Lope iría con la mitad de los niños a conseguir un sitio para dormir antes de que oscureciera, y que Lupe buscaría algo para comer con la otra mitad, porque suponían que todos estarían

hambrientos. Su propuesta fue acogida con cara de estupefacción por los otros, que se sentaron y no hicieron caso. Sólo el niño vestido de gris, que parecía muy silencioso se fue con Lope, ambos callados; y la niña de rojo acompañó a Lupe a buscar comida. El resto se quedaron sentados allí mismo comentando cosas por lo bajo.

Al cabo de una hora se reunieron de nuevo. Lope, ayudado por el Gris (habían empezado a llamarles por el color de sus ropajes para distinguirlos), había construido una magnífica cabaña en el claro hecha con troncos y ramas, recubierta de pinaza y hojas verdes y con el suelo alfombrado de hierba fresca, en la que cabían todos. Y Lupe y la Roja llegaron con una improvisada canasta hecha de mimbre llena de moras, fresas silvestres, manzanitas pequeñas, piñones, avellanas, castañas y nueces: todo un festín. No sabían encender fuego porque eran niños, así que cenaron en el interior de la cabaña para sentirse más protegidos. Lupe y Lope sonreían satisfechos viendo comer a los niños con apetito, charlando y riendo. Estaban haciendo algo bien, pensaban.

Antes de dormir propusieron cerrar la puerta de la cabaña desde dentro atrancándola con varias ramas gruesas.

- A mí me da igual. Cerrad si queréis. Yo voy a dormir fuera.
- dijo el Gris para su sorpresa.

De nada sirvieron los argumentos de Lope ni las amenazas de fieras y monstruos nocturnos de Lupe, porque el Gris parecía no escuchar. Dijo “sí, sí” y se tumbó fuera de la cabaña en el suelo sin hacerles caso. La Malva, que parecía antes tan entera y decidida, se puso a llorar diciendo que a su hermano se lo iban a comer las fieras y los monstruos. La Rosa, que les había parecido tan candorosa y frágil, empezó a chillarles, echándoles la culpa de que aún no hubieran encontrado al Hada del Bosque por haber perdido tanto tiempo con la tontería de la cabaña y con el rollo de la comida; y todo para que su

hermano, al final, durmiera al raso. El Azul le daba la razón, les amenazó con que si algo le sucedía a su hermano ellos serían los únicos responsables y que hablarían con su madre del asunto; y estuvo de acuerdo con su hermana en que ellos tenían toda la culpa del retraso. La Roja empezó a quejarse del suelo de hierba, diciendo que cómo iba a dormir sobre el heno como si fuera una vaca, y del ruido que hacían los demás. Quitó la hierba de su lado y se la puso a su hermana Malva, que como estaba muy nerviosa empezó a gritar y a echar la hierba sobre los demás, mientras la Rosa lloraba y el Azul la consolaba.

El Verde por su parte roncaba con placidez, ajeno al lío que se había montado.

Al cabo de un par de horas, todos los pequeños estaban dormidos debajo del montón de hierba, y Lope y Lupe velaban insomnes uno en brazos del otro. Lupe sollozaba abrazada a su hermano, pero sollozaba muy bajito no fuera a ser que se despertara alguno.

A la mañana siguiente el sol radiante que se colaba entre las copas de los árboles y el piar de los pájaros les despertó. Lope se puso en pie y observó con tristeza que su magnífica cabaña había sido arrasada en la pelea que siguió a la discusión de la noche, y que todos dormían entre sus restos. Lupe estaba hecha un ovillo en un rincón. Fue a despertarla. Lope cojeaba un poco porque se había tropezado en medio de la pelea y Lupe tenía la cara sucia de lágrimas. Se acercaron al río que estaba junto al claro para lavarse.

- No sé qué les pasa a estos niños, Lope.
- Ya. Yo tampoco.
- No sé qué hacer.

Se quedaron pensando un poco en la orilla, pero como no se les ocurría nada decidieron que lo mejor sería darse un baño. Jugaban y se salpicaban cuando oyeron con cierto susto voces que se alzaban:

- ¡Ah, sí, qué bien! ¡Vamos a jugar al agua!

Los niños se despertaron unos a otros y corrieron abandonando sus vestidos por el camino. Entraron en el río en camisa, corriendo, chapoteando y jugando en la orilla. Al principio Lupe y Lope no sintieron muchas ganas de participar en sus juegos, pero al poco las risas consiguieron borrar los vapores de la mala noche pasada y empezaron a pasárselo bien.

Al cabo del rato todos descansaban tomando el sol tumbados sobre los cantos rodados grandes y calientes del río. La que parecía ser la Malva, aunque sin el traje de terciopelo era difícil de saber, le dijo a Lupe que la cena había sido exquisita, y que si quería ella la acompañaría a por más frutos para el desayuno. Lupe la miró con desconfianza pero, como era bastante simple y sus pensamientos no se complicaban mucho, al final se encogió de hombros y dijo sonriente:

- ¡Bueno!

- Yo os acompañaré – dijo la que parecía la Rosa en tono despreocupado.

El Verde, que ya se había vestido, dijo con solemnidad a Lope:

- Si quieres, nosotros te acompañaremos mientras que buscas a nuestra madre en el bosque.

Lope tampoco supo muy bien qué decir porque hasta ese momento no había pensado en seguir buscando al Hada, así que dijo:

- Sí... – y miró a su hermana como pidiendo ayuda muda.

Lupe le sonrió, dándole ánimos. Así que una vez que se vistieron, salieron todos a sus quehaceres. Todos menos la Roja, que se quedó un poco furrñosa junto a los restos de la cabaña.

Mientras que recogían cosas para comer sin alejarse mucho, no se fueran a perder de nuevo, la Rosa hablaba con Lupe.

- ¿Y vosotros dónde vivís? – le preguntó.

- En una cabaña en el borde del bosque. – respondió la niña, que no conseguía relajarse del todo.

- ¿Y sólo tienes un hermano?

- Sí, sólo uno.

- ¡Qué raro! No sabía que los niños pudieran nacer en grupos de dos... ¡son tan pocos!

- Pues yo creía que lo normal era nacer de uno en uno. – aventuró Lupe – Y no nacimos a la vez. De hecho Lope nació un minuto antes que yo.

La Rosa abrió unos ojos muy grandes.

- ¿Ah, sí?- preguntó con cara sorprendida.

- Nosotros hemos nacido todos a un tiempo. Cuando se abrió nuestra vaina, ahí estábamos ya los seis. – aclaró la Malva, que había estado escuchando.

- ¿Nacisteis de una vaina? – preguntó Lupe, que era la que ahora abría los ojos, imaginándose a los niños apretados en una vaina como los guisantes o las judías.

- ¡Pues claro! – dijo la Malva con suficiencia - ¿De dónde habéis salido vosotros?

Lupe dudó. No estaba muy segura.

- No lo sé. Me parece salimos de dentro de nuestra madre...

Se hizo el silencio. La Malva y la Rosa se miraron como si se dijeran algo con la mirada. Y no volvieron a hablar hasta que llegaron al campamento.

Mientras tanto Lope fue con los tres niños a buscar alguna señal del Hada del Bosque.

- No puede estar muy lejos.- dijo el Verde- Seguro que nos está buscando.

- Sí, a ver si la encontramos pronto – dijo el Azul – Cuando aparezca os ayudará a salir del bosque. Nuestra madre es buenísima y muy poderosa.

El Azul y el Verde se miraron y se sonrieron. El Gris mientras tanto trepaba feliz por todos los árboles, ágil como un gato. Y aparecía de repente con un brinco a su lado.

Se detuvieron junto a un árbol más alto que el resto.

- Seguro que desde este árbol se ve todo el bosque – dijo el Verde.

- ¡Seguro! – confirmó el Azul – Sube tú y mira a ver si encuentras a nuestra madre desde ahí arriba.

Lope miró a su alrededor, a ver con quién hablaba, y se sorprendió al ver que se dirigía a él.

- ¿Yo? –dijo incrédulo - ¿Y por qué no sube vuestro hermano gris, que le gusta trepar? Además, yo tengo un tobillo torcido...

Las sonrisas del Verde y del Azul se tornaron en un gesto de desdén.

- Yo paso. – dijo el Gris- Ya no trepo más. Ahora voy a correr.

Y salió corriendo hacia delante hasta que se perdió en la espesura.

- Pues tienes que subir tú, porque nosotros somos más pequeños – dijo el Azul – Además, si no nos ayudas, nuestra madre tampoco te ayudará cuando nos encuentre.

Lope no quería discutir con ellos otra vez. Sintió que le daban cierto miedo. Suspiró y comenzó a subir al árbol. Cuando estaba a diez metros de altura, vio todo el contorno del bosque, que le pareció que no era tan grande, ni tan alto, ni tan espeso. Pero del Hada, ni rastro. Descendió trabajosamente, porque el tobillo le dolía más al bajar que al subir, y cuando llegó abajo comentó:

- Lo siento, no he visto nada que nos pueda ayudar a...

Se detuvo cuando vio que estaba solo. Cabizbajo, desanduvo el camino hasta el campamento.

Cuando llegó vio a su hermana que, silenciosa y con gesto ceñudo repartía en ocho montoncitos la fruta y las semillas que había recolectado. Y más allá, sentados sobre el montón de hierba que había cubierto el suelo de la cabaña, los pequeños en corro cuchicheaban entre gemidos y chillidos ahogados. Lope ya estaba un poco enfadado, pero como era muy simple en vez de gritarles se acercó a ellos. Los tres niños varones se pusieron de pie, como protegiendo a sus hermanas. El Gris avanzó un paso, amenazador.

- No te acerques, o lo lamentarás.

Lope se detuvo, sin entender nada.

- ¿Pero qué os pasa? – preguntó, más sorprendido que enfadado.

- ¿Cómo puedes decir eso? – la Roja se abrió paso furiosa entre sus dos hermanos – ¡Sois unas malas personas que os aprovecháis de unos pobres niños que se han perdido en el bosque! ¡Y tu hermana es la peor!

- ¿Lupe?

Lupe se puso al lado de su hermano y le cogió de la mano. La Rosa empezó a gritar entre sollozos, hablando muy rápido.

- ¡Sí, ella! ¡Se ha burlado de nosotros! ¿verdad Malva? Ha dicho que éramos anormales por haber nacido de una vaina, y que por eso nuestra madre nos ha abandonado, porque nos encontró en el bosque colgando de un árbol en vez de haber nacido de dentro de ella como los niños normales.

Empezó a llorar amargamente. El Verde la abrazaba, mirando con un rencor terrible a Lupe.

- ¡Pero si yo no he dicho nada de eso! – se defendió la niña, con lágrimas en la voz.

- ¿Estás llamando mentirosas a mis hermanas? – dijo el Azul, acercándose- ¿Cómo te atreves? Somos príncipes. Y mi madre te puede fulminar si quiere con un golpe de su varita.

Roja y Malva comenzaron a llorar también.

- Pero mi hermana tampoco miente... –dijo Lope, apretando la mano de Lupe.

Ella sintió una inmensa gratitud por su apoyo.

- ¿Y eso quién lo dice? ¿Tú? ¿Y quién te va a creer a ti, que ni siquiera has podido encontrar a nuestra madre desde el árbol más alto del bosque? Seguro que ni lo has intentado. Cualquiera de nosotros la hubiéramos encontrado, pero tú no. Pero como somos pequeños, os aprovecháis de nosotros...

Lope y Lupe reconocieron una sensación nueva. Algo que hacía que las palabras se atoraran en la garganta como enredadas en las lágrimas, y que los pies y las manos se enroscaran como si quisieran golpear y espachurrar, o por lo menos patalear.

Era cólera.

Nunca antes la habían sentido. Por sus pequeños cerebros pasaron en un instante mil posibilidades de machacar, insultar y abandonar a aquellos seres antipáticos e ingratos. Pero pasaron tan deprisa, todas en un instante, que no pudieron quedarse con ninguna. Lupe miró al suelo y avanzó, conciliadora. Ya he dicho que era muy, muy simple.

- A ver. Yo creo que todo esto es un malentendido. Seguro que si desayunamos luego nos sentiremos mejor y podremos encontrar una solución.

Los niños se miraron y formaron un corro para hablar. La Rosa se quedó voluntariamente fuera, acurrucada junto a una piedra para manifestar de forma evidente su malestar. El corro se abrió. Las caras eran hoscas, pero avanzaron hacia la comida.

- Bueno, vale. Desayunaremos. – dijeron.

La Rosa no se acercó y se negó a comer nada de lo que le llevaban sus hermanos, que aprovechaban su negativa para comerse ellos mismos lo que la niña rechazaba.

Lope reconoció que su hermana había acertado. Con el estómago lleno, los mini-niños volvieron a mostrar cautivadoras sonrisas. Pero él estaba TAN cansado... que apenas podía pensar. Nunca había sentido tanta tensión ni había tenido que hablar tanto. Sólo deseaba estar solo. O con su hermana, que para él era lo mismo.

- Lupe - le dijo cuando no le oían - ¿Y si nos vamos? Busquemos tú y yo la salida del bosque. No es tan grande ni tan espeso, lo vi desde arriba del árbol...

La niña miró a su hermano con mucho cariño. Le quería mucho y le entristecía verle tan cansado. Ella también hubiera deseado dormir y un poco de silencio más que nada en el mundo. Pero...

- Pero... - le dijo - ¿...no te dan un poco de pena?

Lope la miró. Siempre estaba de acuerdo con ella, pero esta vez le costó un poco más. Mucha pena no le daban, esos niños tan crueles y maleducados.

- Un poco - dijo - Pero muy poco...

- A mí me parece que están un poco chiflados. Como el pastor Jonás, que dicen que se cayó de un tejado y que si te ve en el campo te persigue con la garrota. Quizás se cayeron de la vaina cuando nacieron.

Lope miró inquieto alrededor, para asegurarse de que no les oían. No quería más problemas.

- No entiendo el tema de la vaina, Lupe. - dijo - Pero me da igual, no quiero saberlo.

- Creo que son raros. Cuando sonrían parecen auténticos príncipes de puro bonitos que son, y de repente cambian y se convierten en niñitos malvados. Pero me dan lástima, están solos. No creo que sea cierto que su madre esté cerca, ni que les esté buscando. Si de verdad es un Hada tan poderosa, ya les habría encontrado si hubiera querido ¿no crees? Y además me parece que en el fondo no se tienen cariño entre ellos, como nosotros; sólo hacen piña para estar menos asustados.

Lope suspiró. Sí, él quería mucho a su hermana. Pero en el fondo le daba igual que esos enanos no se quisieran entre ellos.

- Quedémonos una noche más, Lope.- suplicó la niña - Si mañana no hemos encontrado una solución ni nuestra madre nos han encontrado a nosotros, nos iremos. Te lo prometo.

- Bueno.- accedió como siempre - Una noche más.

Y se quedaron.

Lo malo fue que esa noche pasó lo mismo. Hicieron la cabaña y la cena, y los niños sonrientes se convirtieron en agresivos y rencorosos duendecillos que destrozaron todo lo que habían hecho. Y a la mañana siguiente Lope y Lupe (¿ya he dicho que eran muy simples?) cuando les vieron llorar volvieron a perdonarles y a intentar ayudarles. Y así pasó mucho tiempo, en el tiempo incontable de los bosques encantados, en el que crearon, ayudaron, plantaron, y construyeron, y luego todo, cada vez, fue destruido, arrasado, ignorado, devorado o atacado.

Y ellos se iban consumiendo poco a poco y volviéndose pardos y sin color, como si por cada cosa que hacían por los niños les quitaran un poco de ellos mismos.

Los niños no lo sabían, pero habían caído bajo un hechizo del Hada del Bosque. Mientras que ella estaba de viaje de trabajo en alguna reunión de hadas en otro bosque, dejaba a sus pequeños niños-guisante en busca de incautos para que les cuidaran, les entretuvieran en su ausencia y les dieran su atención y su energía. Los niños, malos, lo que se dice malos, no lo eran. Si acaso eran un poco abusones y estaban faltos de atención y de educación porque el Hada era una persona MUY ocupada. Estaban acostumbrados a sobrevivir a costa de lo que fuera y de quién fuera como si fueran pequeños

parásitos. Y eso no era bueno para los que se perdían en el bosque en ausencia del Hada.

Así que allí se hubieran quedado nuestros protagonistas para siempre jamás y se habrían acabado convirtiendo en seres secos y marrones y después se hubieran dispersado como hojarasca. O por lo menos se habrían tenido que quedar hasta que el Hada hubiera vuelto, que nunca se sabe cuándo podría haber sido. Pero tuvieron suerte y una conjunción de hechos inesperados les liberó y dio la vuelta a la historia.

Su madre, desesperada por su desaparición, nunca había dejado de buscarles. Recorría el bosque diariamente aunque sin éxito, porque el encantamiento del Hada incluía la inaccesibilidad de la zona donde vivían sus retoños para protegerlos de extraños no deseados. Pero ella no abandonaba. Un día quiso la casualidad que se encontrara con el Pastor Jonás al que, aunque era amigo suyo, no veía con mucha frecuencia porque estaba un poco loco. La madre de los niños le comentó llorosa:

- ¡Se han perdido en el bosque, Jonás! Mis niños se han perdido. Quizás se los haya comido una fiera...

Y sollozó bajando los ojos. El Pastor, que vio a su amiga llorar, se quedó cavilando y al poco dijo:

- ¿Sabes? Puede que yo sepa dónde pueden estar. Persiguiendo el otro día a mi amigo el Oso Ginés, me dijo (en un bosque encantado todo se acaba sabiendo) que el Hada del Bosque estaba fuera y que sus guisantes andaban haciendo de las suyas. Eso significaba que estaban pasando cosas raras en la zona oculta del bosque.

Y añadió:

- Ven, acompáñame.

Ella no entendió nada de nada de lo que le decía, pero tampoco protestó: Jonás nunca era muy lógico en sus explicaciones.

Atravesaron el bosque y llegaron hasta su mismo centro, un lugar donde la madre de los niños ya había estado antes sin encontrarlos. El Pastor Jonás se apoyó en un árbol y comenzó a murmurar cosas como para sí. La madre le miraba de reojo, y al cabo de un rato su esperanza dio paso a la duda y recordó que su amigo era muy bueno pero estaba como una cabra y que era posible que se quedara ahí farfullando cosas raras hasta el día siguiente.

De repente cambió la luz en el bosque, como si una nube se hubiera movido y hubiera permitido el paso del sol iluminando un claro que antes no estaba ahí, entre los árboles. El Pastor Jonás la agarró del brazo y la arrastró un poco bruscamente hacia el claro, detrás del cual aparecieron nuevos árboles que ella no recordaba haber visto antes, nogales y castaños enormes, abedules plateados, abetos, y densos arbustos de avellanos.

No podía salir de su asombro, era como si ése no fuera su bosque.

- Ven, sígueme y procura no perderte tú – le dijo el Pastor Jonás, soltándola al fin.

Recorrieron un largo trecho por un bosque que a ella le resultaba desconocido. El pastor silbaba y escuchaba la respuesta de los trinos de los pájaros. Parecía otra locura más, pero ahora estaba dispuesta a creerse que el pastor sabía lo que se hacía. De repente el hombre se detuvo y exclamó:

- ¡¡Así que ahí estáis, bribonzuelos!!

Cuatro de los mini-niños que estaban aún desayunando se quedaron mirándoles con sorpresa, la misma que se leía en la cara de la madre de Lope y Lupe.

- ¿Y tú quién eres? – preguntaron a Jonás - ¿Cómo has llegado aquí? Este es nuestro bosque...

- Ya, ya. Y el Hada vuestra madre. Lo sé.

La mamá de los niños no entendía nada.

- A ver ¿Dónde están Lope y Lupe? Esta es su madre.

Los niños-guisante abrieron mucho los ojos y se pusieron de pie. La Rosa se puso a sollozar, y golpeó rabiosa varias veces el suelo con su pie diminuto.

- ¡¡No me lo puedo creer!! La madre de esos dos ha conseguido encontrarles antes que la nuestra a nosotros. ¡No es justo! ¡Nosotros somos los príncipes! ¡Deberíamos haber sido encontrados primero!

El Verde la abrazó, consolador. La Malva gimoteó también:

- ¡Ahora nos abandonaran y nos quedaremos solos en el bosque! ¡Nos quedaremos solos otra vez!

El Azul iba a decir algo cuando el pastor Jonás le interrumpió.

- Bueno, bueno, menos llantos y menos tonterías. A ver, vamos a jugarnos a los chinos quién me dice dónde están los niños.

Inmediatamente le rodearon riendo y gritando: ¡Yo primero! ¡No, primero yo!

La madre observaba atónita y sin participar el desarrollo de los acontecimientos. Vio a los pequeños pasar del llanto y el pesar a la alegría contagiosa, y pensó que esos niños estaban MUY mal educados y que quizás les conviniera comer un poco menos...

Mientras tanto, el Pastor había sonsacado al Verde ganándole a los chinos, y averiguó que Lope y Lupe se habían ido con los dos niños que faltaban, la Roja y el Gris, a buscar uvaespinas y moras para la

comida. Se pusieron a buscarles, y al poco encontraron a los dos mini-niños sentados al pie de un árbol, poniéndose morados de moras. Pasado el estupor del primer momento y arrollados por las explicaciones de sus hermanos, dijeron que Lope y Lupe estaban entre los zarzales recogiendo más moras.

Su madre removió las ramas pinchosas llamándoles con cariño, y cuando salieron, incrédulos, marrones y llenos de arañazos, se fundieron en un abrazo silencioso. Mientras tanto los niños-guisante les observaban con envidia. Todos menos la Rosa y la Malva que, muy ofendidas, les daban la espalda.

- Muchas gracias por devolverme a mis hijos, Jonás. – dijo la madre de los niños, con uno debajo de cada brazo que poco a poco iban recobrando el color en sus caras al estar en contacto con ella.

- Sí, muchas gracias Pastor Jonás. – dijeron a la vez Lope y Lupe abrazando a su madre con la poca fuerza que les quedaba.

No se atrevían a mirar a los mini-niños por miedo a caer en el embrujo de la lástima otra vez. Estos a su vez miraban ofuscados al suelo, unos sentados en él y otros de pie. El Pastor Jonás se interponía entre unos y otros como un escudo. Estaba recogiendo caracoles del suelo y poniéndoselos en los hombros. La madre de los niños pensó que estaba definitivamente loco...

Se dieron media vuelta para marcharse pero, después de dar dos pasos, la madre se detuvo y sujetó a sus hijos. Se volvió y miró al pastor.

- ¿Y qué va a ser de esos niños, Jonás?

El Pastor Jonás se encogió de hombros, y se cayeron algunos caracoles que aún no se habían pegado. Aquello no era asunto suyo.

- Hagamos una cosa. Yo cuidaré de los niños en mi cabaña hasta que vuelva su madre si tú me ayudas. – dijo ella, que era una buena persona y, sobre todo, una mamá.

El pastor se enfurruñó y se puso a mirar al suelo con la misma cara que los niños.

- Pues yo no pienso ir si estos pequeños pillos no aceptan obedecer. No tengo intención de ir corriendo todo el día detrás de ellos como si fueran cabritillos. Para eso ya tengo mi rebaño por ahí.

Los niños formaron un corro y discutieron bastante enfadados, porque se oían gritos y regañinas. Mucho rato. Pero cuando la madre y los niños, hartos de esperar echaron a andar de nuevo dispuestos a marcharse, el corro se deshizo rápidamente y todos dijeron a la vez:

- ¡Vale, vale! ¡Obedeceremos!

Así que todos se fueron juntos.

Lope y Lupe no se sintieron muy cómodos al principio con el acuerdo, pero al poco se les olvidó su inquietud. Ellos también eran buena gente, ya lo sabéis.

El Pastor Jonás y los seis guisantes se instalaron en la buhardilla de la cabaña, donde dormían entre las mazorcas de maíz acompañados de palomas y ratoncillos de campo. Durante el día el pastor se encargaba de jalear a todos los niños, de jugar con ellos y de cansarlos. Como él también estaba bastante loco, todos lo pasaban muy bien. Los caprichos y mohines eran cortados de raíz y castigados sin participar en los juegos que organizaba el pastor, así que se acabaron pronto porque todos querían jugar. Ellos no parecían muy satisfechos con el trato, pero lo mantenían.

Mientras tanto, la madre hacía comida para todos. No mucha, pero sí suficiente y muy buena. Y observaba a los mini-niños. Llegó a la conclusión de que cada uno de ellos eran dos. Acostumbrada como

estaba a tratar a sus dos hijos como si fueran uno, pensó que estos niños simplemente eran otra cosa diferente a los suyos: eran todos dobles. Como los guisantes y las judías, que cuando les quitas su lustrosa piel verde tienen dentro dos partes separadas, independientes e igualmente tiernas, que forman la unidad redondita y sabrosa del fruto. Y así para ella la Rosa eran dos niñas, una dulce y otra un poco arpía; la Roja eran una responsable y otra egoísta; el Gris, colaborador y terco; el Verde, tranquilo y manipulador; la Malva, bondadosa y quejica; y el Azul, cariñoso y agresivo. Su teoría funcionó extrañamente bien. Como si en lugar de seis niños tuviera doce invitados, todos se sintieron comprendidos y tratados como correspondía a cada una de sus partes. Vamos, que entre la madre y el Pastor Jonás consiguieron que los pequeños estuvieran tranquilos y no sacaran los pies del tiesto.

Y Lope y Lupe, que al principio los miraban a todos con desconfianza, no tardaron casi nada en olvidarse de los malos ratos pasados y volvieron a su vida inocente y simple, rodeados ahora de medio-hermanos con los que a veces discutían y a veces jugaban, como todos los hermanos.

Así, más bien que mal, aguantaron todos juntos hasta el invierno.

El frío les obligó a permanecer en casa. Los niños se aburrían y se entretenían como podían. Quitaban los líquenes de la barba de Jonás, que con los primeros vientos helados se le había llenado de filamentos rizados amarillos, igual que en otoño había estado llena de hojas secas. El los soportaba a todos encima manoseándole, con más resignación que paciencia. Pero daba igual que se la limpiaran, en cuanto salía a pasear por el bosque su barba se llenaba de nuevo de vegetales diversos. También pintaban las paredes con trozos de carbón, contaban cuentos inventados y discutían porque cada uno quería que terminaran de una forma diferente, ayudaban a hacer

pequeñas magdalenas en los caperuzones de las bellotas, e incluso la madre les dejaba por las mañanas jugar a esconderse entre las mazorcas de maíz y a hacer batallas de granos para que estuvieran entretenidos.

Una tarde, jugaban delante de la chimenea al parchís. Lope y Lupe con su madre, porque decían que el Pastor Jonás hacía trampas; los guisantes en otro tablero con el Pastor, peleándose unos con otros y riéndose porque era verdad que todos hacían trampas. Unas trampas a cuál más gorda y descarada.

De repente la puerta se abrió de golpe y una ráfaga de viento con un fuerte olor a madera llenó la habitación. Una señora muy alta, con gafas y vestido de terciopelo multicolor entró deprisa, mirando a su alrededor con cara de urgencia.

- ¡Hola! –dijo – ¡Me han dicho que mis hijos están aquí...!

Se oyó como caían al suelo el tablero y todas las fichas, un revuelo de pies como de animalillos corriendo entre la hojarasca, y de repente los seis guisantes estaban abrazados al vestido de su madre:

- ¡Mami!

- ¡Mamita!

- ¡Mamaíta!

- ¡Mamá! –gritaban todos a un tiempo.

La madre de Lope y Lupe y sus hijos se apartaron un poco para atrás, cohibidos por la presencia de esa señora tan imponente que olía como el bosque húmedo en primavera. Sin embargo el Pastor Jonás se quedó ahí, de pie en medio de la habitación, sonriendo.

El Hada le miró intrigada. Ladeó un poco la cabeza, y volvió a mirarle ladeándola del otro lado.

- ¡Jonás! –dijo al fin, sonriéndole – ¡Hacía mil años que no nos veíamos! La última vez que te vi estabas recién caído de tu vaina ¿Cómo está mi hermana, tu madre? ¿Y tus hermanos?

Los mini-niños se bajaron de su madre, movieron también la cabeza de un lado a otro, observándole como si le vieran por primera vez, y de repente corrieron en tropel y se subieron todos encima del pastor, gritando:

- ¡Primo Jonás!
- ¡Primito!
- ¡Primo!

El Pastor Jonás trataba de sacudírselos de encima revolcándose por el suelo, y el Hada reía viéndolos.

- Nunca cambian... – dijo sonriente- Siempre son guisantes, aunque crezcan.

La madre de Lupe y Lope observaba la escena con extrañeza.

Así que el Pastor Jonás no era que estuviera loco, sino que también era doble como los niños, pensaba. Había dos pastores, uno extravagante y otro extraordinario en su caso. Claro, así se llevaba bien con ellos. ¡Y así era de raro! Lo que no veía claro era cómo le había reconocido el Hada; cómo había identificado en ese viejo barbudo un poco sucio (no había conseguido que se lavara con asiduidad en todos estos meses) a un pequeño príncipe como los suyos. Suponía que sería algún poder mágico, propio de las hadas.

De repente la vocecilla de Lupe irrumpió por encima de la algarabía y los pensamientos, y los detuvo.

- ¿Cómo ha tardado tanto en venir a buscarlos?

Se hizo un silencio incómodo. Los niños se quedaron quietos encima del pastor. El Hada la miró, perpleja.

- ¿Es que crees que he tardado mucho? - preguntó extrañada, dirigiéndose a la niña.

- Sí. - respondió Lupe.

- Sí. - dijo Lope, que ya sabéis que siempre estaba de acuerdo con su hermana - Mucho.

- Bueno... -dijo el Hada, abriendo las manos en el aire como si no pasara nada y mirando para otro lado - Es que estas reuniones de hadas en los bosques vecinos siempre son largas. Una sabe cuándo empiezan, pero no cuándo acaban. Tú se lo puedes decir, Jonás. Mi hermana, el Hada Mring-Mring, también tenía que ir a muchas reuniones de hadas cuando él era pequeño, y no pasaba nada.

El Pastor Jonás callaba y fruncía el ceño.

El Hada parecía inquieta. Su mirada se posaba en sus hijos, en Lope y Lupe, en el Pastor, y en la madre sucesivamente.

- No pasaba nada, Jonás, ¿verdad? - le miraba extrañada - ¿O sí? ¿Pasaba algo?

- La verdad es que no era agradable, Tía. - dijo al fin el Pastor - Nos daba un poco de miedo quedarnos solos y tener que buscar a un extraño que nos alimentara y que nos protegiera, mientras que vosotras estabais trabajando. Si teníamos suerte y encontrábamos a alguien, nos buscaba comida y cobijo. Pero ese alguien no te escuchaba si estabas asustado, no te tapaba por las noches, no te ayudaba si te caías y te hacías daño, no mediaba en las peleas, no te acariciaba... Y además nunca sabíamos cuándo ibais a volver.

Los guisantes empezaron a sollozar. Primero las niñas, y luego los niños, aunque estos últimos intentaban que no se les notara mucho.

- Te hemos echado de menos, mami.
- Sí, mucho.
- No te vuelvas a ir...
- Yo paso miedo.
- Y yo tristeza.- decían entre hipidos.

El Hada se incorporó, y miró furibunda a la madre y a Lope y Lupe.

- ¿Es que os han tratado mal? – preguntó alzando la voz.

El aire se arremolinó a su alrededor moviendo las hojas secas pegadas al borde de su vestido, y empezó a oler como a tormenta.

- ¡No! ¡No! – gritaron los guisantes, y se lanzaron como gatos sobre los niños y su madre, abrazándolos – Los queremos mucho. Nos han cuidado. Lo hemos pasado bien. Sólo es que te echábamos de menos.

El Hada se quedó pensativa. Como era una mujer inteligente decidió no apresurarse en su decisión y cogió a sus hijitos y se fue, dejando la cabaña llena de hojas secas y perfumada de resina. El Pastor Jonás también se fue. Dijo que tenía sus cabras muy abandonadas desde hacía tiempo y desapareció en el bosque.

Pasó el invierno, y cuando llegó la primavera volvieron un día el Hada del Bosque y sus guisantes. Los niños tardaron un poco en coger confianza con Lope y Lupe, como siempre pasa con los niños cuando no se ven durante un tiempo, pero en seguida uno gritó:

- ¡Tonto el último!

...y salieron todos corriendo en la misma dirección con gritos alegres.

Las madres aprovecharon su ausencia para tomar un té y hablar de madre a madre. Porque el Hada era un hada poderosísima, pero también era una mamá y se había quedado muy preocupada por sus pequeños. Le explicó a la madre de Lupe y Lope que había decidido que a partir de ahora sus ausencias iban a ser más cortas hasta que los niños crecieran, que iba a limitar sus reuniones de trabajo y que iba a estar más tiempo en casa. Pero como trabajar tenía que trabajar, le pidió el favor de que cuando ella estuviera fuera se quedara con sus guisantes, que habían venido de su casa mejor educados y más tranquilos. Ya había hablado con Jonás, y había aceptado echarle una mano. La madre sonrió y estuvo de acuerdo, así que desde entonces los mini-niños empezaron a llamarla Tía y a sus hijos Primo Lope y Prima Lupe.

Por la proximidad del Hada y sus guisantes, la cabaña se convirtió casi en un trozo de bosque más. Como por un encantamiento nuevo crecieron a su alrededor los árboles más frondosos, que cobijaban montones de nidos y ardillas; la rodearon matas de las más exquisitas moras, fresas y frambuesas; y florecieron en sus praderas las flores más hermosas, variadas y coloridas.

Y lo mejor de todo: estuvo desde entonces llena de risas y juegos.

Por supuesto, nadie se volvió a perder en ese bosque nunca.

FIN

